

*La loca de la casa.*

Autor: Rosa Montero

Octavio Escobar Giraldo

Son muchos los libros que discuten la vida literaria; tampoco faltan los escritores que se arriesgan con textos híbridos, a los que es difícil clasificar en uno u otro género. Este tipo de esfuerzos, algunos tan inteligentes como *El loro de Flaubert* (1984) de Julian Barnes, o tan engañosos como *Bartleby y compañía* (2001) de Enrique Vila-Matas, suelen exigir conocimientos previos a los lectores o una cierta capacidad para desentrañar estructuras complejas o reconocer alusiones eruditas, cuando no ocultas.

Ese no es el caso de *La loca de la casa* (2003). Éxito de ventas y crítica en España y premio Grinzane Cavour a la mejor novela traducida al italiano en 2005, surgió de una serie de notas recogidas a través de los años que, si hemos de creer las afirmaciones de su autora, la narradora y periodista Rosa Montero, pensaba articular en algún tipo de ensayo sobre el oficio literario. Y lo hizo, pero con la contradictoria honradez del contador de ficciones, ése que no duda en asumir las palabras de Vladimir Nabokov: “Calificar un relato de historia verídica es un insulto al arte y la verdad”.

Dedicado a la protagonista de algunos de los episodios del libro, su hermana Martina –“que es y no es. Y que, no siendo, me ha enseñado mucho”–, se ocupa de una amplia variedad de temas que van de la vocación artística y los demonios interiores que la alimentan, a las dulzuras y contrastes con los que se desarrolla una carrera literaria, pasando por el papel del editor, las relaciones de los escritores con sus familias y con los lectores, los excesos del ego y las pequeñas desgracias e incomprensiones que pueden abrumar a la mujer o al hombre de talento, las rencillas y los celos del mundillo literario, y lo hace con la difícil sencillez de un texto que gracias a sus capítulos relativamente breves, puede ser un perfecto libro de almohada, que además incide en lo autobiográfico, sin que

podamos confiar en que esa vida que se nos relata sea la de la Rosa Montero que nació en Madrid en 1951, ganó el Premio Planeta en 1997 por *La hija del caníbal*, tiempo después suceso cinematográfico, y que publica las columnas que le valieron el Premio Nacional de Periodismo en el madrileño diario El País; no en balde cuenta en varias oportunidades un disparatado romance, y con desenlaces distintos para ella y para el famoso actor inglés que lo coprotagoniza, y confiesa su propensión a incluir enanos en sus novelas, asegurando que en una foto de su niñez –que aparece en la carátula del libro–, es idéntica a una famosa artista de circo de la Alemania de entreguerras, también de bajísima estatura, de la que no ha podido encontrar mayores datos. Por algo dice, y varias veces, que los seres humanos inventamos nuestros pasados, sobre todo los escritores, tal vez por las razones que recoge de Mario Vargas Llosa: “Este hombre, esta mujer, en un momento dado se encontraron incapacitados para admitir la vida tal y como la entendían en su tiempo, su sociedad, su clase o su familia, y se descubrieron en discrepancia con el mundo”, o porque nos gusta oponer a la realidad más chata los “Y si...” de un sinnúmero de posibilidades y mundos paralelos, como propone el escritor portugués José Peixoto.

Novela o colección de ensayos e impresiones, *La loca de la casa* es una lectura recomendable y grata, incluso algunos podrían calificarla de *light* –que no sólo significa ligero, también brillante– que nos va paseando por las actitudes y opiniones de una gran cantidad de escritores, algunas inteligentes y sensibles, otras ridículas o francamente mezquinas, muchas de ellas centradas en la escritura, un proceso al que la autora carga de exigencias al considerar que es “el esfuerzo de trascender la individualidad y la miseria humanas, el ansía de unirnos con los demás en un todo, el afán de sobreponernos a la oscuridad, al dolor, al caos y a la muerte”, y complementa estas ideas apuntando: “Escribir es una manera de pensar; y ha de ser un pensamiento lo más limpio, lo más libre, lo más riguroso posible”. Sincera y desparpajada, a ratos incorrecta y vanidosa, no oculta ni matiza sus reservas frente a la crítica: “Las críticas negativas incultas, malévolas y llenas de prejuicios, que son la mayoría, indignan y desesperan. Y las

críticas negativas inteligentes y bien hechas te llenan de inseguridad y te deprimen. Por otra parte, tampoco las críticas positivas son un lecho de rosas. La mayoría de las críticas positivas son incultas, benévolas y llenas de prejuicios. Por consiguiente, y aunque te pongan bien, no te sirven de nada”, ni se calla lo que piensa de algunos monumentos culturales: “*Ulises* de Joyce (...) para mí es más bien un réptil, un cocodrilo rastrero que apenas si consigue levantarse sobre sus cuatro patas, porque es una novela que sólo me interesa, y no demasiado, como artefacto modernista”, y menos se guarda de preguntar por qué un célebre escritor anglosajón olvidó a las Brontë en su estudio sobre los hermanos escritores.

Central en toda la discusión es la pregunta: ¿por qué se comienza a escribir?, y aunque descrea de esas infancias perfectas que parecen provenir de los grandes narradores rusos, consigna afirmaciones como la del psicólogo Philippe Brenot en su libro *El genio y la locura*: “Del dolor de perder nace la obra”, que remiten a tales paraísos de libertad e inocencia perdidas, pero también da cabida a quienes opinan que la capacidad para encarnar y ser la voz de diferentes personalidades al mismo tiempo es lo que caracteriza los procesos creativos: “Un novelista es un hombre que oye voces, lo cual lo asemeja a un loco”, dice Sergio Pitol, para comentar la afirmación de William Faulkner de que toda novela “es la vida secreta de un escritor, el oscuro hermano gemelo de un hombre”. El cuentista peruano Julio Ramón Ribeyro, también autor de un maravilloso ejemplo de indefinición genérica, sus *Prosas apátridas* (1986), es aún más severo: “La verdadera obra debe partir del olvido o la destrucción de la propia persona del autor”. Montero misma confiesa un grave episodio de angustia que la enfrentó al vacío, y compara el proceso de escritura con los excesos y las delicias de la pasión amorosa, y consciente de los tiempos que corren –costumbres aceleradas, caos urbano, omnipresencia de los medios masivos de comunicación–, vuelca su entusiasmo sobre la forma literaria que prefiere y que la ha hecho famosa: “La novela es el único territorio literario en el que reina la misma imprecisión y desmesura que en la existencia humana. Es un género sucio, híbrido, alborotado”, sin negar los placeres de periodismo. También el abandono de la escritura tiene cabida en

estas páginas, y aunque los casos de Walsler, Melville y Capote resulten tan ilustrativos y dramáticos, impresiona más la afirmación del narrador argentino César Aira en su libro *Cumpleaños*: “A la larga me di cuenta de dónde estaba el problema: en lo que se ha llamado la *invención de los rasgos circunstanciales*, es decir, los datos precisos del lugar, la hora, los gestos, la puesta en escena propiamente dicha. Empezó a parecerme ridículo, infantil, ese detallismo de la fantasía, esas informaciones de cosas que en realidad no existen. Y sin rasgos circunstanciales no hay novela, o la hay abstracta y descarnada, y no vale la pena”. ¿Explicación para el mutismo o teoría estética?

Tras leer este testimonio equívoco, condimentado con una deliciosa casa de citas –de la que proceden todas las que se reproducen en este artículo–, la impresión es que quizá la que con mayor facilidad suscribiría la autora es la de los hermanos Goncourt: “La literatura es una facilidad innata y una dificultad adquirida”, que equilibra la balanza, sin negar la necesidad de conocer las herramientas del oficio ni olvidar el papel protagónico que juega la imaginación, esa “loca de la casa” según las palabras de Santa Teresa de Jesús.